

Pepino en la Neustria; y en Tresty, en el Vermandés, resuelve la cuestión entre la Francia romana y la Francia teutónica, entre los grandes y pequeños propietarios. Fueron vencidos los neustrios; quedó muerto Bertharo por los suyos en la fuga, y Thierry III prisionero, obligándose á admitir á Pepino por alcalde del palacio.

Esta es una de aquellas batallas que cambian el aspecto de las naciones, hasta tal punto, que los historiadores han querido ver aquí una nueva invasión germánica. Entonces los austrasios, población de costumbres teutónicas, prevalecieron sobre los neustrios y los aquitanios, inclinados á la civilización romana. De aquí una política más conforme al carácter de los conquistadores, á quienes restituyó la fuerza. Privados de representante y de defensor los ahrimanes, pequeños propietarios de la Neustria, hubieron de obedecer al duque hereditario de la Austrasia, jefe de los grandes leudes; quedó el pueblo despojado de todo derecho, y firmando la aristocracia su predominio restableció las asambleas nacionales, al propio tiempo que substituyó la lengua teutónica al idioma romano.

No derrocó Pepino á los Merovingios, aunque nada se lo impedía realmente. Todavía permanecieron por espacio de sesenta años sobre el trono, que quisieron rodear demasiado pronto con las formas y la corrupción romanas, si bien no fueron más que fantasmas de reyes. Un cronista que narraba las cosas tales como las veía, sin mirarlas de más cerca, se explicaba de este modo: «Entre los francos era costumbre que reinaran los príncipes, sin querer ó hacer otra cosa que comer y beber estúpidamente, permanecer en su morada, presidir á principios de Mayo la asamblea del pueblo, saludar á las gentes y ser saludados por ellas.» Consiste en que, efectivamente, ser rey se reducía al título de tal, á sentarse en la silla de oro sin respaldo ni brazos, á gastar barba y cabellera larga y á mandar en la apariencia. Daba audiencia el monarca y respondía á los embajadores, si bien le era dictada esta respuesta. Señalábale el alcalde del palacio una renta determinada, además de la cual poseía una pequeña casa de campo, algunas tierras y un número de esclavos apenas suficiente para su servicio. Allí vi-

via todo el año, para no salir más que en el mes de Mayo, como una antigua reliquia que todavía infunde respeto. Subiendo entonces á un carro tirado por bueyes, cuyo paso lento aguijoneaba un esclavo, comparecía á la asamblea de los grandes con el manto azul y blanco en figura de dalmática, cortado por ambos lados, cayendo por los pies hasta delante y por detrás arrastrando; llevaba sobre la cabeza un círculo de oro, con una doble hilera de piedras preciosas, y en la mano una varilla de oro, cuya punta estaba enriquecida con pedrerías. Recibía el donativo anual y retornaba á su mansión en seguida. Pero todo lo concerniente al Estado, tanto en lo interior como en lo exterior, era negocio del alcalde del palacio, que mandaba en su nombre.

A la muerte de Thierry, Pepino confirió la corona á Clovis III y á Childeberto III, sus hijos; y después á Dagoberto III, hijo del único (694-965-711). No hubo rey en Austrasia. El alcalde del palacio dió testimonio de miramientos y de condescendencia á los leudes neustrios, é hizo que su hijo Grimoaldo se casara con Amstruda, viuda de Bertharo. Habiendo convertido el ducado de Austrasia en centro del gobierno, cuya sede fué colonia ó Heristall, cerca de Lieja, colocó en París á Noberto en calidad de alcalde de palacio, y después á su hijo Griomaldo, si bien esto no era más que una sombra de independencia, dado que nada se hacía sino en virtud de sus órdenes.

Sin embargo, muchos señores y príncipes tributarios, sólo habían prestado ayuda á Pepino para reinar con él, y no para que descollara sobre ellos. Negaron, pues, á este advenedizo la obediencia que habían prometido á los Merovingios. Alan, duque de los bretones, Eudes, duque de Aquitania y de Gascuña, Ratbodo, duque de los frisones, Gotfredo y Villicaro, duques de los alemanes, se declararon independientes. En su consecuencia, Pepino tuvo que ocuparse ante todo en restablecer la tranquilidad en lo interior; les acometió y venció antes de que hubieran podido aumentar su fuerza obrando de comun acuerdo.

Entonces se aplicó á poner remedio á los desórdenes que se habían introducido en la administración. Cuando había sido reconocido por los leudes duque de Austrasia, ya disponía allí

á su antojo de los beneficios, y recibía homenaje de los vasallos de la corona, nombraba á los magistrados, á los duques, á los condes y á los centenarios; era el rey en suma. Ahora extendió esta autoridad sobre la Borgoña y la Neustria, y de esta suerte se encontró árbitro de trescientos ducados; confirió ó confiscó los beneficios, recibió los embajadores, y fué omnipotente durante veintisiete años que tuvo á su cargo el gobierno, porque tanto los grandes como los pequeños estimaban más dirigirse al poderoso alcalde del palacio que á los degenerados descendientes del Clovis.

Ménos observador de las leyes de la Iglesia que de los usos germánicos, se casó con dos mujeres, Plectruda y Alpaída; tuvo en la primera á Drogon, duque de Champaña, y á Grimoaldo alcalde del palacio de Neustria. Este último estaba designado para suceder á su padre; pero habiendo sido asesinado en la iglesia de San Lamberto en Lieja, Pepino solicitó que su autoridad pasara á Teodaldo, su hijo natural, de edad de seis años, bajo la dirección de Plectruda. Esta corrió de consiguiente á la Neustria tan luego como Pepino cerró los ojos, para ganarse la voluntad de los leudes, ó para obligarles á admitir á aquel mancebo que debía ser tutor de Dagoberto, también niño. Pero alegres éstos viéndose al fin libres de la administración vigorosa de Pepino, levantan la cabeza, y excitando algún sentimiento de pundonor en Dagoberto, le deciden á empuñar las armas. Atacando entonces á los austrasios en la selva de Compiègne, les hacen experimentar tal derrota, que costó inmenso trabajo poner en seguridad á Teodaldo, ganando á Colonia. Súbito vuelve á caer Dagoberto en su habitual indolencia, y los magnates neustrios derogan cuanto había sido hecho por Pepino. Raghenfredo es elegido por ellos alcalde del palacio; muerto posteriormente el rey, encumbran al trono á aquel hermano Daniel, á quien ya hemos mencionado, supuesto hijo de Childerico, dándole el nombre de Childerico II.

Proponíase Raghenfredo cambiar completamente aquel estado de cosas y avasallar los francos orientales á los de Occidente. En su consecuencia, se constituyó alcalde del palacio de las provincias situadas á la orilla izquierda del Mosela y celebró alianza con Ratbodo, du-

que de los frisones. Experimentaban los austrasios tanto desvío respecto de los neustrios como á permanecer bajo el gobierno de una mujer y de un niño, si bien desunidos y sin guía, ignoraban á qué partido atenerse.

CAPITULO V

Cárlos Martel y sus hijos-misioneros.

Pepino de Heristall había tenido en Alpaída un hijo llamado Cárlos (Karl), á quien había desheredado como cómplice del asesinato de Grimoaldo. Temerosa Plectruda de que, valiente y resuelto como era, desbaratara sus proyectos, le había mandado encerrar en Colonia; pero tan luego como se le informó de las disposiciones hostiles de los austrasios, logró fugarse, y muy en breve fué proclamado príncipe de los francos orientales por los vasallos de su padre y por los principales señores (716).

Cárlos, cuya robusta mano sabía hacer uso del hacha de armas, acometió á los frisones que se adelantaban sobre Colonia, á instigación de Raghenfredo, y los puso en derrota; y aunque por ser inferior en número no pudo estorbarles que verificaran su incorporación con los neustrios, que asediaban aquella ciudad, los acosó de tal manera, que les obligó á emprender la retirada (717). Habiendo pasado en seguida los Ardennes con fuerzas de más consideración, venció á los neustrios en las inmediaciones de Vincy, y avasalló á todo el territorio hasta el Sena.

Una invasión de sajones interrumpió el curso de sus triunfos; apenas los ha repelido hasta el Weser, vuelve de nuevo á la carga; le abre Plectruda las puertas de Colonia, y le entrega los tesoros, de que le dejaba por heredero la muerte de Teodaldo. Derrota nuevamente en Soissons á Raghenfredo, se apodera de París, y somete la comarca hasta el Norte del Loira.

Los aquitanios, que siempre miraron á los francos como extranjeros, habían combatido con Raghenfredo en defensa de los Merovingios. Huberto, uno de sus condes, cazador famoso, fué en un principio á establecerse en la Neustria con Ebroino, y después con Pepino en la Austrasia. Pero habiéndosele aparecido cierto día en la selva de Ardennes un ciervo milagroso, abandonó el siglo por servir á Dios, fundó

el obispado de Lieja, y fué invocado como patrono de los cazadores.

Eudes, conde de Aquitania, de Gascuña y de Provenza, que se habia hecho independiente despues de la batalla de Testry, y acababa de ser derrotado en Soissons, celebra un tratado con Carlos, en cuyas manos entrega á Raghenfredo y al rey Chilperico. Es confinado á Angers el primero; queda reconocido como rey el segundo, y Carlos gobierna en su nombre. Cuando éste termina su existencia, saca de la abadía de Chelles á otro monje, que dice ser hijo de Dagoberto III, y á quien intitula Thierry IV. Muerto tambien éste, no quiso elegir ningun otro monarca.

Carlos, á quien sus primeras victorias habian valido el sobrenombre de Martel ó Martillo, lo justificó de un modo completo con las que alcanzo posteriormente, porque pasó casi toda su vida en lides, tanto dentro como fuera contra los enemigos del reino. Tuvo necesidad de ponerse en marcha cinco veces contra los indomables sajones, obligando finalmente á parte de ellos á pagarle un tributo. No tuvieron más arbitrio los bávaros y los alemanes que el de doblegarse á su yugo, y sus duques volvieron á ser vasallos de los francos, cuyo reino recuperó de esta manera sus antiguas fronteras hácia Oriente. Convirtiendo durante este tiempo San Wilibrodo á los frisonos, les civilizaba algo, y les inclinaba á respetar á los cristianos sus vecinos.

En esto se adelantaban nuevos enemigos por las comarcas meridionales. Los árabes, que acababan de someter la España y habian llegado hasta los Pirineos, lanzaban codiciosas miradas hácia el otro lado de estos montes, sobre ricos países todavía libres de sus depredaciones. En su consecuencia reclamaron la Septimania, parte la más meridional de la Galia, fundándose en que durante algun tiempo habia sido provincia de los reyes godos. Pretextos más frívolos han hecho estallar la guerra entre naciones que se preciaban de más cultas que los árabes, y de más amantes de la justicia. No se necesitó más para que El-Aor, que habia sucedido á Abd-el-Aziz, hijo de Muza, pensara en avasallar aquel territorio; pero fué rechazado por los montañeses de los Pirineos. Descontento el califa le relevó con El-Samah, quien, prosi-

guiendo la idea de su antecesor, reunió un ejército y traspuso los montes. No podia ser la ocasion más propicia, porque si el país allende el Loira obedecía á Carlos Martel, violando Eudes el tratado de paz recientemente celebrado, arrebatava á su autoridad la Aquitania y la Provenza, y le negaban toda obediencia los grandes de Borgoña.

No encontrando ya los árabes obtáculo de ninguna especie, establecieron una colonia en la ciudad de Narbona y se adelantaron hasta Tolosa. Ya estaban próximos á apoderarse de ella, cuando vieron aparecer á Eudes á la cabeza de sus vasallos de Aquitania. Alentado el valeroso duque, á quien habia enviado el papa tres esponjas cuyo destino era limpiar la mesa de la Eucaristía, con este precioso regalo, destruyó completamente á los sarracenos, y quitó la vida al mismo El Samah. Ambesa, nuevo gobernador de España, sobre quien pesaba la ignominia de este desastre, envió diferentes cuerpos á sembrar la desolacion y el estrago de la Galia. Habiendo llegado personalmente á aquel territorio, saqueó á Carcasona; por capitulacion se hizo dueño de Nimes (725), devastó toda la Provenza, y remontando el Ródano, se adelantó hasta Autum en Borgoña. Este torrente fué contenido en Sens por el obispo Ebbon, quien dió á Eudes tiempo para presentarse en aquel punto y poner en dorrota á los árabes, cuyo general murió en la refriega.

Las disensiones intestinas de que á la sazón era víctima España, la estorbaron durante largo tiempo pensar en acometer á la Galia. Pero por último, Abderramen, que habia salvado los restos del ejército de El-Samah, fué llamado á la direccion del gobierno. Esta eleccion desagradó á Othman-ben-Abou-Neza (Munuza) quien tenia el mando de las tropas acantonadas entre el Ebro y el Garona (730), y habia ejercido el poder en la península durante muchos meses. Berberisco de origen, veia ya con disgusto las violencias de que eran blanco en Africa sus compatriotas por parte de los árabes; fijó su resolucion el nombramiento de Abderramen, y deseoso de declararse independiente, solicitó la amistad del conde Eudes. Nada podia sobrevenir más imprevisto ni más apetecible para éste, porque un tratado con Othman le ponía á cubierto de las incursiones de los árabes y le pres-

taba apoyo contra el alcalde del palacio de los francos. Selló, pues, la alianza dándole en matrimonio su hija Lampagia.

Poco tiempo despues tuvo motivo para arrepentirse, en atencion que para castigarle de haber violado el convenio de Soissons, le atacó Carlos Martel y llevó la destruccion á la Aquitania; por otra parte se adelantó Abderramen para castigar al berberisco, quien habia ultrajado á la religion y á la política, casándose con una cristiana, hija de un enemigo; y bloqueado Othman en Puigcerdá, sólo se pudo libertad de caer en sus manos, dándose la muerte; su esposa fué enviada al califa para aumentar el número de las hermosuras suministradas por el Khorasan y por la Circasia.

Entonces para restaurar el honor de las armas musulmanas, y aprovechándose de la discordia que ponía en lucha á Eudes y á Carlos Martel, cruzó los Pirineos con un numeroso ejército, á que seguian mujeres y niños, porque no se trataba sólo de una excursion, sino que el designio era plantar el estandarte del Profeta en aquel nuevo reino, formar allí un centro de accion desde donde los árabes pudieran invadir la Europa por el lado de Occidente, la mismo tiempo que se abrieran paso á Oriente por Constantinopla, ciudad siempre amenazada por sus armas. Entrando, pues, en la Gascuña por el valle del Bidasoa, empezó á talar la Aquitania, cuyo duque fué acusado de estar en connivencia con los invasores. En seguida se encaminó hácia Burdeos. Habiéndose reunido bajo las banderas del conde Eudes los aquitanios, que habian defendido vanamente de posicion en posicion su patria, presentaron batalla á Abderramen junto al Garona, aunque fueron completamente destruidos, por lo cual tuvo que refugiarse el duque cerca de Carlos.

Entonces los musulmanes á quienes ya no detenia ningun tropiezo, continuaron adelante devastando y matando cuanto hallaban á su paso, y prodigando insultos á las cosas santas. Despues de haber saqueado la iglesia de San Hilario en Poitiers, se dirigieron sobre Tours, para robar allí los tesoros que la devocion habia acumulado en el sepulcro de San Martin.

El espanto esparcido por los rápidos triunfos de aquellas bandas devastadoras, vomitadas por el Asia y por el Africa para extinguir la civi-

lizacion y la fé, hacia aún más perentorio el peligro que amenazaba no sólo á Francia sino á toda Europa. Quiso el cielo que Carlos alentara con su denuedo á sus valientes austrasios reunidos bajo su bandera, y los condujo sin demora junto al Coira para salvar el santuario de la Francia (732). Encontráronse ambos ejércitos en las llanuras que se extienden entre Poitiers y Tours, y durante siete dias hubo entre ellos varios choques parciales: por último Abderramen ordenó la batalla general. Empezó con el alba. «Los francos dice Isidoro de Beja, estaban alineados como sólidos muros, como un baluarte de hielo, contra el cual se estrellaban sin romperlo los árabes, armados á la ligera. Se adelantaban y se retiraban velozmente: entre tanto eran sagradas sus vidas por la espada de los germanos, bajo cuyos golpes cayó el mismo Abderramen. Sobrevino la noche y los francos levantaron las armas, como para pedir descanso á sus jefes, queriendo reservarse para la lid del día siguiente, porque veian á lo lejos cubierto el campo con las tiendas de los sarracenos; pero cuando, al asomar el alba se formaron en batalla, se apercibieron de que las tiendas estaban vacias, y de que, asustados los sarracenos de la gran pérdida que habian experimentado, habian emprendido la retirada durante la noche, y se encontraban ya á gran distancia.»

La imaginacion exageró los sangrientos resultados de una jornada que salvaba á toda Europa; se calculó en trescientos setenta y cinco mil el número de árabes caidos en el campo de batalla: tuvieron las hazañas de Carlos Martel y de sus guerreros por milagros, que la tradicion atribuyó posteriormente á Carlo-Magno y á sus paladines. Es lo cierto que los cristianos no se creyeron en disposicion de molestar á los árabes en la retirada, y que éstos renunciaron al pensamiento de avasallar á la Galia, aunque no á pisar su territorio de vez en cuando para ejercer sus rapiñas.

La victoria de Carlos Martel le aseguró la posesion de la Galia Meridional, pues muy en breve le tributó Eudes homenaje respecto de la Aquitania y de la Gascuña. Habiéndose sublevado la primera inmediatamente despues de la muerte de este duque, Carlos la arrebató su independencia; quedó en calidad de prisionero

Atton, uno de los hijos de Eudes. Hunoldo recibió este ducado del alcalde del palacio, jurándole fidelidad (739).

Cárlos dirigió sus armas contra los frisonos, cuyo duque Poppon había renunciado al cristianismo y la obediencia. Le venció y le mató en una sangrienta batalla; luego hizo una justicia terrible con los templos y con los ídolos ensalzados nuevamente.

De esta suerte fué sometida la Borgoña y se establecieron condes francos en Lyon y en el resto del país para gobernarlo (733); pero no pudiendo resignarse al yugo los magnates borgoñones, se sublevaron á las órdenes de Mauronto (737), quien entendiéndose con Yusuf, gobernador árabe de Narbona, le entregó las importantes plazas de Arlés y de Aviñón. Así por traición de los francos, volvieron á mostrarse amenazadores los árabes para las Galias, y hasta se atrevieron á poner á Lyon asedio. Cárlos, que hacia en este momento la guerra á los sajones, voló á la defensa del país en unión de su hermano Childebrando, y después de haber recuperado á Aviñón, se adelantó sobre Narbona, sede de la dominación árabe en la Septimania. Attima, que era el gobernador de ella, le opuso una denodada resistencia, y Oeba, emir de España, envió á los suyos con un refuerzo considerable bajo las órdenes de Omar-ebn-Kaleb, quien desembarcó en la costa; pero Cárlos le atacó en el valle de Corbiere, derrotó totalmente á los árabes, y el mismo Omar perdió la vida.

Sin desanimarse á consecuencia de este revés los sarracenos, renovaron poco después sus ataques contra la Provenza (739), favorecidos nuevamente por Mauronto, quien les entregó Marsella y las ciudades de las orillas del Ródano. En virtud de esto, Cárlos volvió á la carga, de concierto con Luitprando, rey de los longobardos, quien también se veía amenazado por las costas de la Liguria. El efecto reunido de las dos naciones produjo la expulsión de los mahometanos de Marsella y de Arlés, y los estrechó en la Septimania; además, á fin de que no pudieran establecerse más allá del Auda, desmantelaron á Agde, Beziers y Eimés, y tomaron el país de que permanecían poseedores. Algunos años después hizo Oeba nuevos aprestos para una expedición contra las Galias; pero

un alzamiento de berberiscos le obligó á distraer sus fuerzas hacia otro punto; luego las discordias de los musulmanes suspendieron las incursiones más allá de las fronteras del Norte.

Después de tan asombrosas proezas, fué saludado Cárlos Martel como salvador de la Europa y del cristianismo. Luitprando celebró con él un tratado de alianza (741), el papa Gregorio III le envió presentes y le confirió el título de patricio romano. Pero para subvenir á los gastos de tantas guerras y para recompensar á los compañeros de sus victorias, tuvo que recurrir á expropiaciones; con especialidad despojó de sus bienes á las iglesias y monasterios para gratificar á sus oficiales. Cuenta la crónica de Auxerre que no dejó al obispo de esta ciudad más que cien masas escasas (mil doscientas fanegas), y dió lo restante en feudo á sus valientes capitanes bávaros, lo cual demuestra cuán ricamente dotadas se hallaban las iglesias. Ya Ebroino no había temido dar propiedades eclesiásticas en enfiteusis á seculares, y á menudo los concilios elevaron quejas contra usurpaciones de esta misma clase que se permitían los Merovingios. Siendo concedidos estos dominios á ruego de algunos particulares, recibieron el nombre de precarios; y los que eran investidos con ellos, se consideraban como los abogados ó defensores temporales de las iglesias desposeídas. Cárlos Martel hizo que se prestara juramento en su propio nombre, sin cuidarse del rey, por aquellos á quienes otorgó beneficios de esta especie. Entonces introdujo la ceremonia del homenaje feudal; hasta tal punto se consideraba como verdadero soberano de los francos, aunque nunca tomó el título ni las insignias de monarca.

Acostumbrado á la autoridad absoluta de los campamentos, la ejerció también en tiempo de paz, dando y quitando á su antojo los obispos y abadias. Quitó la sede de Reims á Rigoberto, que le había tenido como padrino en las sagradas fuentes, para colocar en su puesto á Milon, simple clérigo tonsurado, que le había seguido á la guerra. Así modificó totalmente la disciplina eclesiástica y contribuyó mucho á la mudanza de las costumbres; por eso los escritores eclesiásticos le califican de tirano, y hasta cuentan que, habiendo sido arrebatado en éxtasis Euquerio, obispo de Or-

leans, vió á Cárlos en lo más profundo del infierno, y oyó á un ángel que decía que los santos, que sostendrán la balanza en el juicio final, le habían condenado á penas eternas por haber invadido sus bienes. Para apoyar su relato añadía Euquerio, que sería imposible encontrar las cenizas de Cárlos, y con efecto, cuando se abrió el sepulcro, estaba vacío y presentaba á la vista residuos de fuego; á mayor abundamiento acababa de escaparse de allí una serpiente.

La necesidad en que se hallaba de sostener ejércitos numerosos (y sorprende que pudiera conseguirlo sin reclutarlos entre los germanos), su educación esencialmente guerrera, la ambición que le empujaba á encumbrarse para rebajar á los duques, y la urgencia de repeler á los extranjeros, pueden hacer á la historia más indulgente respecto de su persona que lo han sido los cronistas. Por otra parte, el celo que consagró á sostener San Wilibrodo y á San Bonifacio en sus esfuerzos para convertir á los frisonos, á los turingios y á los sajones, el valor que le hizo convertir con la espada, como decía el papa Gregorio, á más de cien mil infieles, deben ser admitidos á título de compensación por los historiadores.

Cárlos sobrevivió solamente dos años á sus triunfos, después de haber desbaratado una conspiración urdida por Sonnehilda, su esposa, que quería restablecer la autoridad de los Merovingios, tentativa que fué realmente la postrera. De acuerdo con los magnates del reino, dividió el territorio franco entre sus dos hijos Carloman y Pepino, exceptuando algunos dominios que donó á su hijo menor, llamado Grippon, y murió en Kiersey junto al Oise.

De tal modo estaban olvidados los Merovingios, que no se hizo mención de ellos; pero habiéndose suscitado divisiones entre los dos hijos de Cárlos, se entendieron para diferir por su autoridad propia, y sin haber consultado á los obispos ni á los magnates, el título de rey á un niño imbécil, pretendido vástago de Chilperico II, y á quien titularon Chilperico III. Pepino y Carloman gobernaron en su nombre, como *prefectos por la gracia de Dios*, ó más bien reinaron, según lo decían ellos mismos. En la repartición del territorio tocó al primero la Neustria, la Provenza y la Borgoña; al segundo

la Austrasia, la Suabia y la Turingia. Descontento Grippon de verse excluido, fomentó las disposiciones hostiles de los leudes y del clero, deseosos de libertarse de la opresión en que les había tenido el robusto brazo de Cárlos. También sublevó en su favor á los sajones, á los bávaros y á los alemanes; pero sus hermanos se apoderaron de él en la ciudad de Laon y le metieron en el fondo de un calabozo; encerraron á su madre en la abadía de Chelles y sujetaron á los rebeldes. Odilon, duque de Baviera, cuñado de los dos alcaldes del palacio, fué vencido y rechazado más allá de Inn. Sólo obtuvo la paz prometiendo obediencia. Hunoldo, duque de Aquitania, que penetrando en la Neustria, se había adelantado hasta Chartres, reconoció la imposibilidad de restaurar una dinastía, de que hasta entonces había sido apoyo, y se metió monje en la isla de Re. Su hijo Waiffo, se vió reducido á tributar homenaje por su ducado. Quedaron privados los borgoñones de sus patricios y en la obligación de someterse á condes ordinarios (745).

Sintiéndose fatigado de la vida tumultuosa de los campamentos, después de haber ayudado á su hermano á pacificar el reino, resolvió Carloman abrazar la vida religiosa. De consiguiente, habiendo renunciado su autoridad en favor de Pepino, se encaminó á Roma con una magnífica comitiva, ofreció regalos costosos al papa, tanto en su nombre como en el de su hermano, hizo que le cortaran los cabellos, y se encerró en un convento que fundó en la cumbre del monte Soracto. Enojado en seguida de las visitas de una multitud de francos, que iban todos los años en peregrinación á Roma, se retiró al monasterio del monte Casino. Había dejado en el mundo dos hijos, Drogon y Pepino, recomendándoselos á su tío; pero éste, á fin de figurar como soberano absoluto de la Neustria y de la Austrasia, les obligó á que se vistieran el hábito monástico.

De esta suerte eran los monasterios refugio de los grandes caídos ó de los corazones ulcerados, y al propio tiempo albergue del poco saber que había sobrevivido á tantos vaivenes y trastornos, centro de la actividad intelectual y foco desde donde la civilización se derramaba por Europa. Con efecto, se fortificaban los espíritus en el seno de aquella soledad piadosa,

y se adquiría la costumbre de la abnegación de la voluntad del individuo, de la obediencia absoluta y del sacrificio de sí propio. A la menor señal del pontífice ó de su abad, hombres llenos de fé tomaban el báculo de viajeros, y se dirigían á través de montes y de mares á naciones bárbaras y enemigas, con el fin de reclutar nuevos siervos de Cristo, de hacer nuevos prosélitos en la defensa de la verdad, dándose por galardonados con haber conseguido la salvación de una sola alma aún á costa de perder la vida.

Los monasterios fundados en Inglaterra se propusieron especialmente por tarea la conversión de los germanos, y el anglo-sajón Wilfrido, conocido con el nombre de San Bonifacio, apóstol de la Germania, merece más que un conquistador la atención de la historia. Nacido en el reino de Wessex, fué educado en los conventos de este país, á la sazón muy florecientes; recibió las órdenes sagradas y adquirió una reputación inmensa; pero en vez de disfrutar de ella dentro de su hogar con sosiego, siguió el ejemplo de muchos de sus compatriotas, y se trasladó al continente, donde empezó á predicar el Evangelio á los frisones. Halló cierta oposición por parte de Ratbodo, su duque, quien cediendo poco tiempo antes á las insinuaciones de Wulfram, obispo de Sens, «tenía ya un pié en las fuentes sagradas» cuando se volvió hacia el santo misionero, preguntándole: *¿Dónde están las almas de mi padre y de mis demás antecesores?* Y como le respondiera el obispo: *En el fondo del infierno*, repuso el soberbio frison: *Pues bien, yo no quiero separar mi alma de las almas de aquellos con quienes mi nación se honra.*

Sus persecuciones redujeron á Bonifacio á la necesidad de retornar á Inglaterra, si bien encontró nuevos estímulos en Roma, pues nombrado por Gregorio III su legado en Germania, volvió á presentarse entre los frisones; posteriormente, habiendo muerto Ratbodo, bautizó á muchos de ellos, contándose en el número Pappon, su nuevo duque. Entonces el papa le hizo obispo, y más tarde arzobispo de Maguncia, nombrándole metropolitano de todos los obispados que fundara en la Germania (723-732).

Secundado en sus esfuerzos por Carlos Martel, atrajo al cristianismo en el trascurso de

trece años de continuas fatigas á los pueblos del Hesse y de la Turingia. De este modo se veía á los sajones insulares no perdonar afán de ninguna especie por propagar entre sus compatriotas del continente el cristianismo católico romano, que más tarde debía recibir de ellos mismos el más rudo golpe que se ha descargado en su contra.

Redundaban las conversiones en provecho y ventaja de la civilización, porque, prendándose de simpatía hacia los francos, aquellas indomables tribus germanas entablaban relaciones con ellos y con Roma, cuyo nombre veneraban profundamente; hordas errantes fijaban su residencia en rededor de la iglesia y del cementerio; adquirían animación y vida las ciudades de Maguncia y de Colonia, y la derramaban en torno de ellas. La escuela de Fulda, que San Bonifacio fundó en unión del bávaro Sturm, en la parte más solitaria del valle de Faggis, entre el Hesse y la Turingia, instruía á la juventud, que, de retorno en su país, y después de investida con el ministerio de la palabra, divulgaba á lo lejos las ideas de moral y las instituciones civiles.

Por este conducto se extendía igualmente el poder papal, profesando los misioneros la obediencia más completa á la Santa Sede. Bonifacio había jurado en manos del pontífice «mantenerse siempre en la verdadera fé y en la unidad de la creencia, de la cual depende la salvación de los cristianos; no prestarse á nada contrario á la unidad de la Iglesia universal; dar en todo pruebas de fidelidad, de religión pura, de entera adhesión al papa y á la Iglesia; y no comunicarse con los obispos cuya conducta fuera opuesta á las antiguas reglas de los santos padres.» Habiendo congregado posteriormente á sus obispos en concilio, se resolvió entre ellos que se mantendrían en una sumisión perfecta respecto de la Iglesia romana; que los metropolitanos deberían solicitar de ella el palio, y observar sus preceptos en todo y por todo.

Aquellos que se sientan inclinados á atribuir esta docilidad á pensamientos de ambición por parte de Bonifacio, no tienen más que leer sus demás cartas, en las que hace presente con toda ingenuidad al pontífice lo que le desagrada en la Iglesia romana. «Si estos alemanes, estos báva-

ros, estos francos, escribía al papa Zacarías, hombres sencillos, gente carnal, ven hacer en Roma cosas que nosotros les vedamos, creen que son lícitas para los sacerdotes, y las convierten en irrisión respecto de nosotros y en escándalo de su vida. De boca en boca cunde y repiten que á principios de año, en las cercanías de la iglesia se ejecutan de día y de noche danzas en las plazas públicas, á estilo de los paganos, gritando como ellos, y entonando sacrílegas canciones; cuentan que este día, y aún por la noche, están atestadas las mesas de manjares; que nadie se avendría entonces á prestar á su vecino fuego, ni utensilios, ni nada de cuanto tuviera en su casa. Añaden que han visto á las mujeres llevar en los brazos y en las piernas filáteras y franjas atadas, como era costumbre entre los gentiles, y ofrecer á los extranjeros para que se las compren, cosas de todas clases. Estos actos, vistos por gentes toscas, se convierten en objeto de escarnio, y en obstáculo á nuestra predicación, no ménos que á la fé.

Hasta se atrevió á hablar Bonifacio al pontífice con respetuosa firmeza sobre cosas que atañían mas de cerca á la Iglesia, preguntándole si los rumores que circulaban eran ciertos, si caía en la simonía, si violaba los santos cánones. A pesar de los obstáculos que suscitaban al santo obispo los magnates que habían usurpado los bienes de las iglesias, no por eso manifestaba ménos empeño en corregir la disciplina de los fieles que en convertir á los infieles. Odilon, duque de Baviera, se dirigió á él para convocar un sínodo, en que dividiera el país en las cuatro diócesis de Salzburgo, de Frisinge, de Rastibona y de Passau (742). Después de la muerte de Carlos Martel le prestaron apoyo sus dos hijos para la reforma del clero. En su consecuencia reunió al de Austrasia en sínodo, uso descuidado hacia ochenta años, y allí fué decidido que se convocaran exactamente los concilios anuales, según la antigua costumbre; que los bienes eclesiásticos que habían caído en manos de los legos, deberían ser restituidos á las iglesias, y que los clérigos estarían obligados á hacer una vida ejemplar y honesta. Otros concilios convocados en Leptines y en Soissons (643-744), abolicieron diferentes restos del paganismo. Además

para subvenir á los gastos de la guerra y á la defensa de las fronteras, se permitió al príncipe ceder en usufructo á los hombres de armas bienes eclesiásticos, mediante un censo anual.

En calidad de legado de la Santa Sede, suspendió Bonifacio á muchos obispos indignos, y erigió en metrópolis las sillas de Rouen, de Reims y de Sens. No acreditó ménos celo á fin de encaminar por mejor senda al clero de las islas británicas. Posteriormente cuando podía entregarse al reposo, renunció á su silla de Maguncia para volver á los trabajos oscuros de la predicación, en medio de los bosques y de los pantanos de la Frisa, donde halló el martirio.

San Kilian, escoto de origen, es decir, natural de Irlanda, fué á Roma á solicitar una misión del papa Conon; luego se trasladó junto al Mein para convertir al duque de Wurtzburgo, lo cual consiguió felizmente; pero como quisiera obligarle á repudiar á su cuñada, á quien había tomado por esposa, se atrajo la venganza de ésta, que le mandó cortar la cabeza (689).

Fuera sumamente prolijo seguir los pasos oscuros de estos doctores sin orgullo, bienhechores sin esperanza terrestre alguna, mártires sin fausto. No tiene por costumbre la historia ocuparse de ellos; de esta suerte el humilde arroyo, que derrama oscuramente la fecundidad por las campiñas, ni aún siquiera tiene nombre, á la par que se da el pomposo título de rey de los ríos al Pó, que en su impetuoso curso devasta sus riberas y siembra la desolación á lo lejos.

De ningún modo nos hemos desviado de la política de los francos al hablar de las misiones, en atención á que tenían por resultado transformar en pueblos cultos á los inquietos vecinos de las Galias, independientemente de que el restablecimiento del imperio debía ser producido por la asociación de la iglesia y del poder ejercido por los alcaldes del palacio; restablecimiento á que contribuyeron por una parte los acontecimientos que acabamos de referir en este instante, y de los cuales fué teatro la Francia, y por otra los que tenemos que observar ahora en el seno de la iglesia.